

dispuestas detrás de la vidriera, en el fondo de la negra y ahumada pastelería, preguntándole con aire de fingido interés : « ¿Aquí es donde V. come? »

— Sí, señora, á dos pasos de mi despacho. El tribunal está en la extremidad de la calle, en aquella plazoleta al lado del molino. »

Lidia continuaba mirando distraídamente, sin figurarse la importancia que estos sitios iban á tener para ella.

— Este rincón le parecerá á ustedes muy triste, dijo el juez. ¿Qué no será para mí?... Por esto, contando con sus simpatías... ante todo ¿qué noticias hay de Argelia? ¿Cuándo regresa Ricardo?

— Muy pronto; pero ya sabe V. que si mi hija y yo podemos servirle durante su ausencia...

El juez se inclinó sonriendo, y prometió explicar su deseo cuando estuvieran lejos del mercado y de la multitud.

Los viajeros abandonaron Corbeil, al trote regular del robusto tronco, dejando detrás de sí las gigantescas chimeneas de los establecimientos harineros, cuya humareda cubría de sombras toda una parte del espléndido cielo. Carretas, peones, bestias, la alegre desbandada de un regreso del mercado, se daban prisa por la elevada cornisa, entre el río que resplandecía en el fondo y los

campos de cebada y trigo, que extendían sus oleadas hasta el límite del horizonte. Un carretón guiado por mujeres, rápido y que daba saltos, rozó las ruedas. Lidia reconoció á la nuera de Saltacor, y siguió largo tiempo con lástima los tumbos del humilde carricoche por los caminos desiguales. ¡Ah, cuánto hubiera deseado prevenirla, advertirle el peligro y la caída irreparable que la esperaba! ¡Pero el cochecillo iba tan de prisa, estaba ya tan lejos, casi en la orilla de los bosques, inmóvil y oscura en el horizonte!

En sentido inverso llegaba galopando un ruido de cascabeles, un remolino de polvo, en medio del cual se descubría un coche enganchado á la Daumont, con postillones que vestían la librea azul de los Alcántara, y las lindas israelitas de la quinta de Merogis en compañía del príncipe de Olmutz, con sus ojos de diamante, su sonrisa implacable de joven rajah que ve llenar los pozos de hermosa carne de mujer rosada y rubia. Así que desapareció el carruaje, las dos Fénigan permanecieron largo rato silenciosas y llenas de angustia. « ¡Qué fortuna que Ricardo no esté con nosotras! » pensaban ambas. Delcrús se preguntaba si sería prudente exponer el objeto de su visita después de aquel encuentro. Un incidente cambió por fortuna el curso de las ideas.

Al llegar á la subida de Soisy, se acercaron al coche dos chicuelas, con cabelleras color de salvado, que salieron de una casa rodada de saltimbanquis que se veía en un prado vecino, ofreciendo cestos hechos con juncos y hierbas acuáticas. Aunque la pendiente sea áspera, el cochero, por odio profesional á los mendigos, dió un latigazo á sus caballos en el momento de tender Lidia la mano hacia una de las pequeñas cestas. La madre, que había visto el gesto de su nuera, gritó que pararan, pero en vano; y durante algunos minutos se oyó el resuello jadeante de las muchachas detrás del coche, á la vez que el roce de sus piececillos descalzos contra el polvo del camino. Al fin el cochero tuvo que pararse, pues de nuevo se lo mandó el ama. Lidia dió gracias á su suegra y buscó su portamonedas para pagar la humilde compra; pero ya la anciana había llenado de monedas blancas las manos que le tendían.

— Parece que esto le extraña, dijo hablando al magistrado.

— En efecto, señora, antaño tenía V. hacia los ambulantes una antipatía que por mi parte también siento... Recuerdo haber tenido en este mismo camino de Corbeil una discusión con su hijo...

— Es cierto; Elisa era de los nuestros ese día.

— Precisamente, contestó Delcrús regocijado con el recuerdo de la Caperuza Encarnada. Y señalando sus dientes de lobo, separados y puntia-gudos: « Puesto que ha pronunciado V. el nombre de su encantadora prima... »

El coche rodaba entre bosques y pendientes cubiertas de vides. Los olores de rosales silvestres cubiertos de flores embalsamaban el camino. El juez creyó á propósito sitio y hora para su confidencia. Estaba harto de vivir solo, como las señoras habían visto, en un rincón muy melancólico. Y eso que no conocían Corbeil más que los días de mercado; no es posible figurarse la tristeza de esta pequeña localidad, donde á las ocho de la noche está todo cerrado, apagado, donde el ruido de un coche que pasa por la calle de Nuestra Señora hace exclamar en todos los pisos: « El Sr. presidente vuelve del tribunal... el coche de la fonda va á la estación. » Ni círculos, ni salones, ninguna distracción posible fuera del trabajo. La única ventaja es París á una hora de camino de hierro y la facilidad de ir varias veces por semana al ministerio de la justicia, dándose una vuelta por las oficinas para que no se olviden del ascenso, que un brillante matrimonio facilitaría. Por fin, estaba harto de oír gritar en la pastelería: « La comida del Sr. Juez... » Y desde su encuentro con

la prima de Lorient, aquella linda cara risueña, por la cual habían pasado los pesares sin dejar una arruga, no se le había quitado de la memoria. Habiéndole hablado de sus pretensiones una noche, le prometió contestarle al día siguiente, y en ese precisamente se marchó. Al cabo de varios meses de espera, de vacilaciones, acababa de escribirle una carta muy detallada, muy sincera, exponiéndole su situación y sus perspectivas de porvenir, y deseaba que la Sra. de Fénigan interviniera en su favor.

— Convenido, contestó la notaria... La existencia en Corbeil no es divertida para una mujer joven; pero Elisa también se aburre en Lorient y además aquí estamos nosotras para ayudarle á distraerla...

— Y me permitirá V. añadir unas líneas, agregó Lidia, pues sé lo que vale y quiero á la encantadora Elisa.

— Ah, señoras ¿cómo darles gracias? murmuró el magistrado ruborizándose entre sus pobladas y negras patillas. Y lo que aun quedaba del camino pasó en embellecer el proyecto de matrimonio con los buenos ratos que pasarían juntos en Santa Genoveva de los Bosques, en el Solterón, partidas de pesca y de caza.

Deben casarse ustedes en Santa Irene, exclamó

Lidia con aturdimiento. Paróse cortada; pero Delcrús no era susceptible.

— Como Elisa está divorciada, contestó tranquilamente, no habrá matrimonio religioso y lo siento. Hubiera sido encantador, en esa capillita campestre.

Después, volviéndose hacia la madre añadió:

— Á propósito, he sabido que su amigo de V., el cura de Draveil, acaba de ser reemplazado...

— ¡Mi amigo!... hace mucho tiempo que no lo es. No le he perdonado su persecución contra el abate Ceres, un digno sacerdote...

La buena señora no pudo menos de reirse al ver la cara que puso Delcrús, á quien siempre había hablado del capellán de la Pequeña Parroquia con profundo desprecio.

— ¿Qué quiere V.,? añadió, todas mis ideas se han transformado; ya no soy la misma mujer... ¿Cómo ha ocurrido esto? Tal vez se lo diré algún día, por si pudiere servirle.

Acababan de pasar al salón después del almuerzo, y Lidia tocaba un preludio de Chopin, cuyos armoniosos acentos hacían trinar á una curruca posada en la gran paulownia que daba sombra á toda la entrada, cuando llamaron á la verja. Desde la mesa donde estaba escribiendo á

Elisa, la Sra. de Fénigan veía á los recién llegados en el patio y se levantó de prisa diciendo :

— Lidia, hija mía, cierra el piano. Ahí está el abate Ceres con otro clérigo ; sin duda el nuevo cura que viene á hacernos una visita.

— ¿ Ese es el Sr. Ceres de quien cuentan tantas historias ? preguntó el magistrado acercándose á la ventana, donde se le reunieron las dos mujeres, discretamente ocultas detrás de los visillos.

Los sacerdotes andaban con lentitud, hablando con aire familiar, algo ficticio, sobre todo el Sr. Cura, pequeño, gordito, á quien sus rosadas mejillas, su doble papada y su esclavina negra daban aire de una de esas viudas gordas, prósperas, como hay muchas. Paróse delante de una de las dos grandes canastas floridas situadas á ambos lados de la escalinata, para hacer admirar un grupo de rosas á su vicario que, sombrero en mano desde la verja é inclinando su blanca cabeza y su robusta estatura, oía con infantil deferencia las palabras de su superior, que tenía contando bien veinte años menos que él. Y aquel era el sacerdote rebelde, el indomable Lucifer cuyo orgullo quisieron reprimir con una penitencia de cinco meses en un convento de trapenses.

— ¡ Diablo! el capellán de la Pequeña Capilla no tiene aire rico...

Esta observación á media voz de Delcrús fué casi involuntaria, y resultó del contraste entre aquellas dos sotanas que cruzaban el patio en plena luz, una tan brillante y de tan firme color negro, como raída y descolorida estaba la otra. Pero las cejas fruncidas de la notaria y el tono con que afirmó : « es un santo », pusieron término á las bromas fáciles del magistrado ; y hasta contuvo su gana de reir cuando el vicario, al abrirse la puerta del salón y anunciarlos el criado, se precipitó hacia delante, empujando todo para ser el primero en pasar. Nadie comprendió por el momento aquella entrada tumultuosa ; y la mirada iracunda que le lanzó su superior jerárquico acabó de turbar al abate Ceres, tan humilde, tan tímido, tan ignorante de las reglas sociales, que creía que en la sociedad pasa, como en las procesiones, el inferior antes del superior, el monaguillo delante del diácono, el diácono delante del presbítero, el presbítero antes del obispo. Aquí, por desgracia á pesar de toda su prisa, no pudo ser el primero en llegar. « El Sr. cura se ha enfadado, pensaba el pobre hombre al saludar... Tendré cuidado al salir de no cometer la misma falta de cortesía. »

Esta preocupación daba aire de susto á sus claros ojos, dos manchas azules en un rostro cur-

tido, mientras admiraba los finos modales de su cura, su manera de saludar, de sentarse, de felicitar á la Sra. de Fénigan sobre los esplendores de sus rosales, de sus Mariscal-Ney, sus Gloria-de-Dijón, y también de hablar sobre música con Lidia, analizando á Wágner y Schumman como un verdadero inteligente. Del mismo modo, cuando la joven, que en los hoteles cosmopolitas se había convertido en gran lectora de novelas, pronunció los nombres de Tolstoi, de Ibsen, de Meredith y de Dostoiewski, el nuevo cura dió pruebas de que esos autores, sin serle tan familiares como su breviario, no le eran tampoco desconocidos.

— ¡ Qué hombre ! repetían los ojuelos buenos y sencillos del abate Ceres, extasiados ante la carita regordeta y rosada de su superior. Pero éste, poco interesado por aquella muda admiración, creyó poder divertirse á costa del vicario y le preguntó bruscamente su opinión sobre Dostoiewski. De morenas que eran, las mejillas del anciano sacerdote se pusieron coloradas como ladrillos ; su rostro revelaba tal turbación que Delcrús se compadeció de él. « El Sr. Ceres no tiene sin duda tiempo para leer, dijo con su tono de estrados y de autoridad, pues le sobran miserias que visitar y socorrer. »

El humilde sacerdote, que padecía verdadero

suplicio ante esos elogios que le parecían empequeñecer á su superior, se agitaba en su silla balbuciendo en su áspero acento de montañés que no tenía más mérito que los demás y que también á él le llevaba tiempo la lectura.

— Vamos Ceres ; no quiera V. hacernos creer que ha leído V. á Dostoiewski, insistió el Sr. Cura, cuya risa subía y bajaba la esclavina de viaje.

— Pues bien, sí lo he leído... me lo prestó el Sr. Merivet... y añadiré que le tengo gran antipatía á ese Dostoiewski.

— ¿ Le tiene V. antipatía ? ¿ Por qué ? preguntó el cura, estupefacto como todo el mundo. Bien es verdad que el rústico capellán no parecía apto para comprender al autor de los Karamazoff, ni á conservarle rencor por una antipatía cualquiera.

— Le reprocho que ha puesto de moda la piedad rusa.

— ¿ La piedad rusa ? ¿ Qué entiende V. por esa frase, mi querido vicario ?

— Pues esa piedad injusta que sólo se preocupa de los pillos y de las pérdidas, que nos entenece exclusivamente sobre los desastres del presidio y otros malos sitios, como si el infortunio no mereciera lástima más que en el crimen y la abyección. Esto es lo que yo llamo la piedad rusa. Todos

hemos conocido excelentes mujeres de trabajadores que se agostan en cuidar su casa y sus hijos, sin quejarse de las privaciones y de los golpes; y cuando Dostoiewski arroja su Rodión á los pies de una prostituta, que simboliza á sus ojos toda la miseria humana, me parece que deshonra la miseria y calumnia á la humanidad.

La voz del sacerdote, que ya no vacilaba, iba subiendo, armoniosa y robusta. Y al mismo tiempo su mirada adquiría firmeza como su ademán, aires magníficos de predicador; y Lidia, que no le conocía más que por haber visto desde lejos brillar y encogerse al sol su sotana raída, se explicaba ahora el entusiasmo de su suegra y del anciano Merivet.

— ¿ No sabe V. señor abate, dijo Delcrús, que esta piedad es francesa?

Empezó con el movimiento de 1848, y la observará V. en las novelas de Victor Hugo, de Jorge Sand y de Eugenio Sue. Los rusos se han limitado á tomarla de nosotros, refinándola para su complicado sistema nervioso. Pero la Sonia de Dostoiewski es de la familia de Fantina.

Encantado de probar á las señoras de Fénigan que también él era un hombre leído y elocuente, el juez alzaba la cabeza y subía la voz como en el tribunal; pero el fin de su discurso se perdió en un

empujón. El Sr. cura, creyendo bastante larga la visita, se había puesto en pie para saludar al ama de la casa y se dirigía hacia la puerta cuando el vicario notó su partida. « Ay, Dios mío, se dijo el infortunado, otra distracción... » Pegó un salto á través del salón, tropezó con un taburete, echó unas sillas al suelo, y cogiendo á su regordete curita con ambos brazos, precisamente en el momento de salir : « No, no puedo consentirlo... Sé muy bien lo que debo á mi jefe... » Levantólo y separándolo violentamente se precipitó á la escalinata, á donde llegó primero que el otro con aire de triunfo.

— ¡ Qué viejo singular!... ¿ por qué está siempre tan de prisa? preguntó Delcrús á Lidia y á su madre, que veían marcharse á los dos sacerdotes. La esclavina del cura se agitaba furiosamente por efecto de la violencia de su mímica fulminante, mientras el vicario le escoltaba, consternado, cabeza baja, oyendo una terrible lección de cortesía mundana, que no le aprovechó; pues habiendo encontrado poco después al cartero que bajaba de su velocípedo delante de la verja, se paró, siempre distraído y compasivo, para pedirle noticias de su mujer enferma. Oyóse la voz del cura, agria y nerviosa : « ¡ Cuando V. quiera, abate!... » y luego las protestas del desdichado Ceres, que desaparecía

en el camino detrás de un torbellino de polvo y de duras reprimendas.

— ¡ Pobre vicario nuestro, dijo la Sra. de Fénigan, me parece que tampoco éste le hará muy grata la existencia!

Lidia no contestó, absorta en la lectura de una carta de Ricardo, que le anunciaba su regreso y el de Merivet para el martes siguiente. « Dentro de tres días, mamá... estará aquí dentro de tres días. » El acento de su alegría, el abrazo á su suegra revelaban tanta sinceridad, que el magistrado iba diciéndose al volver á Corbeil cuando caía la tarde : « No cabe duda ; el matrimonio es una institución robusta. ¡ Pensemos que después de tan terribles sucesos esas gentes podrán entenderse y vivir en paz todavía ! »

Así juzga el mundo, que sólo ve las apariencias engañosas de los entes y de las cosas, y no comprende nunca lo que ocultan. Aun en el círculo de los Fénigan, entre los que aprobaban ó censuraban la indulgencia del marido, su perdón generosamente otorgado, muy pocos comprendían que el drama duraba todavía, más agudo y desgarrador ; muy pocos sospechaban el motivo del largo viaje de Ricardo y las cartas desoladoras en su cruel monotonía que hacía dos meses se escribían los esposos. Sobre todo en los primeros tiempos, la

ausencia y el alejamiento, aguzaban por el contrario la celosa agitación del marido. La idea de que el príncipe estaba en Granburgo, de que podían encontrarse, volverse á ver, repetía en misivas interminables, de letra agitada casi ilegible, la escena de la noche que precedió á la partida : « ¿ Por qué le has amado?... Júrame que ya no le quieres. » Y ella juraba, llenando páginas enteras de protestas, agotando las fórmulas y los juramentos.

Sin embargo, el adorable y variado aspecto del Sahel argelino, y más que ese aspecto poco á propósito para su imaginación burguesa, las cacerías y las enboscadas, las largas caminatas á caballo seguidas de pesados sueños bajo la tienda, acabaron por calmar á Ricardo Fénigan, arrancándolo á su idea fija. Las cartas mudaron de tono, haciéndose más serenas y firmes, como la voz de un convaleciente. Una vez escribió Merivet : « Está mejor. » Y poco después Ricardo : « Estoy muy bien. » Á estas palabras siguió con escaso intervalo la carta anunciando su regreso para el martes siguiente.

Lidia la leía y la relía sentada en un banco del silencioso y solitario parque, sin cansarse de recorrer aquellas páginas llenas de palabras tiernas, de dichosos proyectos. El día terminaba en una

gran suavidad de tonos y de temperatura; y lo que del cielo se veía á través de las ramas, pasaba del azul á un verde claro: un tiempo á propósito para esperar y creer. Súbitamente, detrás de un grupo de plantas, resonó furiosa una voz de mujer, acento que le fué imposible reconocer por lo mucho que lo cambiaba la pasión: « Váyase V. á su casa, canalla... ¿Se deben conducir así las mujeres casadas?... debería tener V. vergüenza, inmundia criatura! »

Lidia se levantó, llena de espanto, creyendo en un insulto personal, cuando vió detrás de la verja que daba al bosque á Rosa Chuchín, cogida á las barras con ambas manos, vomitando su ira en la dirección de un traje con rayas rosadas y de una sombrilla que huían por el bosque. Las lavanderas le habían referido el largo coloquio del Sr. Alejandro con la nuera Saltacor, y celosa de su antiguo amante, le pareció tanto más verosímil una intriga entre ellos cuanto que había visto varias veces á la Saltacor dando vueltas por el pequeño Sénart, en las cercanías de Uzelles, á donde Alejandro iba constantemente. La presencia de Lidia no la contuvo, sino que tomó á su ama como testigo de tanta impudencia y de infamia: « ¿Comprende V. esta sin vergüenza, señora?... ¡Venir á quitarnos nuestros hombres en la propia casa?

— ¿Acaso estás casada, pobre Rosa?

— No, señora; pero hay cosas demasiado duras... Si cree que le dejaré hacer lo que desea... Y no se lo diré á su papanatas de marido, sino al suegro, al Indio, con quien tendrá que habérselas... ¡Caro lo has de pagar, perdida!

Pero en el camino del bosque, delicioso de tranquilidad aquella tarde, sólo había saltos de conejillos, idas y venidas de faisanes espantados por la gritería. Lidia, asombrada de hallar tanta pasión en aquella criatura que le parecía adormecida, cerrada, una especie de marmota, trató de calmarla: « Sería horrible avisar á Saltacor, que es una bestia feroz... Pero te conozco, no lo harás porque no eres mala. »

Rosa movió la cabeza.

— Mala no; pero celosa sí... ¡Oh! celosa... Un mal como la rabia... mire V. señora, se es mordido y quiere uno morder. Se sufre y se hace sufrir.

Su rostro vulgar se ponía hermoso, convulso y teñido por la pasión: y Lidia Fénigan descubría con terror en aquellas facciones de campesina, á manera de amenaza ó de presagio, la expresión dolorosa que tan bien conocía y que tantas horas amargas le recordaba.